

Y en seguida sin osar acercarse al cadáver y señalándolo con el dedo, añadió:

—Mirad, eso nos asegura el negocio mejor que todas las firmas del orbe: ese cadáver vale doscientos mil francos. —¿Cómo?—Era el único hombre capaz de arrebatarme el sabueso de que poco há os hablaba. Creíale muerto, y acabo de ver que me equivocaba; pero ahora ya podemos estar seguros de que no nos estorbará; por consiguiente, manos á la obra. ¡A la caza, á la caza!—Sí, que ya está cerca la carreta.

En efecto, esta sólo distaba cien pasos del matorral.

Internáronse entrambos en la espesura desapareciendo entre las tinieblas, en tanto que la viuda Picaut, que iba por Oullier conforme se lo había prometido, llegaba desparvorida corriendo al lugar de la escena.

XXVI

LA BARONESA DE LA LOGERIE PROPONE Y DIOS DISPONE

Algunas semanas habían bastado para trocar completamente la existencia de los personajes que tomaran parte en los sucesos que venimos relatando.

Acabábase de promulgar el estado de sitio en los cuatro departamentos de la Vendée, y el general que los mandaba publicó un edicto invitando á los montañeses á deponer las armas y á someterse al gobierno, prometiéndoles que serian tratados con magnánima indulgencia. Había fracasado tan por completo la insurrección, que la mayor parte de los vendeanos temían sus consecuencias. Algunos siguieron el consejo que sus jefes les habían dado al licenciarlos, y entregaron las armas; pero la autoridad civil no se dió por satisfecha, y los prendió á todos sin contemplación. Muchos fueron víctimas de su extremada confianza; mas este rigor impolítico dió también al traste con las pacíficas disposicio-

nes de los que, más prudentes y avisados, habían preferido estar en expectativa por algún tiempo antes de obedecer á las intimaciones de la autoridad.

A consecuencia de estos hechos, tuvo maese Jaime un grande aumento de personal en su pandilla. Dióse el bandido tan buena maña en explotar la errada conducta de sus adversarios, que al cabo de poco tiempo se encontró con fuerzas bastantes para resistirles en los bosques mientras la Vendée entera se entregaba á discreción.

Entretanto Gaspar, Juan Renaud, Brazo de acero y demás caudillos de la insurrección pasaban el mar para ponerse á cubierto de las iras del gobierno, excepto el marqués de Souday. Desde que había dejado á Petit-Pierre, ó más bien, desde que Petit-Pierre le había dejado, el desgraciado hidalgo había perdido su humor festivo con el cual se había impuesto el deber de combatir la tristeza de sus compañeros. En cuanto cesó de existir este deber, cayó en el extremo opuesto, y tornóse melancólico y taciturno sobre toda ponderación. La derrota del Chene, además de herirle en el corazón por sus simpatías políticas, desvanecía los hermosos ensueños que su mente se había complacido en formar; quedábanle tan sólo de aquella aventurera vida cuyos pintorescos recuerdos le sonreían pocos días antes, los reverses y contrariedades imprevistas, las penas ignoradas, las privaciones mezquinas y triviales de la vida presente.

Tal le tenían el aburrimiento y el pesar, que aquel hombre que poco antes encontraba monótona y pesada la residencia en el castillo de Souday, llegó á echar de menos aquellas veladas que tan agradables hacían el cariñoso agasajo y la amena conversación de Berta y Mary; encontró á faltar ante todo sus entretenidos coloquios con Juan Oullier, y apesadumbrábase de tal modo su ausencia, que sin cesar preguntaba por él y trataba de averiguar su paradero con un afán tan laudable como poco habitual en el anciano marqués.

En tal disposición de ánimo se encontraba, cuando un día halló á maese Jaime, que andaba por los alrededores de Grandlieu espionando la marcha de una columna.

Nunca había abrigado grandes simpatías por el amo de los conejos, cuyo primer acto de disciplina había sido emanciparse por sí y ante sí de su autoridad, habiendo tenido siempre aquel carácter revoltoso como un ejemplo altamente

fatal para los vendedanos. Este por su parte odiaba al marqués como á cuantos le eran superiores en alcurnia ó jerarquía social. Sin embargo, no pudo menos de conmovirse al ver el triste estado en que se encontraba el anciano en la choza donde se había refugiado el día siguiente al de la partida de Petit-Pierre para Nantes, y ofrecióle un asilo en la selva de Iouvain, en la cual, además de la abundancia que reinaba en el pequeño campamento, podía distraerse batiéndose de vez en cuando con los soldados de Luis Felipe.

Ocioso es decir que el marqués llamaba Felipe á secas al rey Luis Felipe.

La última de aquellas consideraciones le decidió á aceptar el ofrecimiento de maese Jaime, pues ardía en deseos de vengar la ruina de sus esperanzas, haciendo pagar á alguien las decepciones que experimentaba, el tedio que le consumía desde la ausencia de sus hijas, y el pesar de verse separado de Juan Oullier. Este anhelo le hizo seguir al amo de los conejos, quien de subordinado, ó mejor de insubordinado se trocó en protector, y conmovido por la bondad y llaneza del marqués, tratóle con más miramiento y deferencia de lo que era de esperar de su rudeza y malos precedentes.

En cuanto á Berta, á los dos días de morar en la casa de Courtin, algo recobradas sus fuerzas, comprendió que su permanencia bajo el mismo techo que su novio, lejos de su padre y de Juan Oullier, que en rigor habría podido reemplazarle, podía dar pábulo á la murmuración, y salió por lo tanto del cortijo, yéndose á vivir con Rosina en casa de Tinguy. Distaba esta media legua de la de Courtin, y la joven iba todos los días á ver á Michel, prodigándole los cuidados de una hermana con la ternura y el tacto exquisito de una amante.

El cariño y la completa abnegación de que Berta le daba tantas pruebas le conmovían hondamente; mas no alteraban por eso los sentimientos que le animaban con respecto á Mary, antes por el contrario contribuían á hacer más embarazosa su posición. No se atrevía á dar cabida en su alma al pensamiento de torturar la de la joven á quien debía la existencia, y sin embargo, paulatinamente iba sucediendo, á los violentos arrebatos y terribles dolores que antes sentía, una plácida y tranquila resignación. Aunque no podía acostumbrarse á la idea del sacrificio que Mary le exigía, contestaba á los cariñosos cuidados de Berta con sonrisas

forzadamente afectuosas; y cuando ésta le dejaba, exhalaba un doloroso suspiro, único intérprete de su pesar, suspiro que oía Berta como la expresión de un sentimiento muy diferente. Sin embargo, á no ser por Courtin, que en cuanto veía desaparecer á Berta entre los árboles del verjel subía al cuartito de Michel, y sentábase á la cabecera de su cama hablándole de Mary, el alma tierna é impresionable de Michel hubiera acabado quizás por resignarse á las exigencias de su situación aceptando el destino que la fatalidad le imponía. Pero el alcalde de la Logerie hablaba tan á menudo de Mary al señorito, demostrábale tan vivos deseos de verle feliz con el logro de lo que su corazón ansiaba, que éste á medida que se le iba cicatrizando la herida y recobraba la salud, sentía abrirse de nuevo la del corazón, desapareciendo su gratitud á Berta ante el recuerdo de su hermana.

Courtin hacía un trabajo análogo al de Penélope: deshacía de noche lo que Berta con tanto trabajo había hecho de día.

Poco le había costado al alcalde de la Logerie, atendido lo débil y postrado que se encontraba Michel cuando le llevó á su casa, alcanzar su perdón por la conducta que con él había observado, excusándose con la viveza de su cariño y la inquietud que le causaba la fuga de su amo. En seguida, aprovechándose de la circunstancia de conocer su secreto, descubrimiento que había hecho con suma facilidad, como á él mismo se lo hemos oído relatar, y lisonjeando astutamente el amor del mancebo, logró muy pronto adquirir de nuevo su confianza. Michel sufría también por no poder desahogar los pesares que le amargaban; y supo Courtin fingirse tan compadecido de ellos, halagando sus ilusiones, mostróse tan admirador de Mary, que fué poco á poco induciendo á Michel, sinó á confiarle, á dejarle adivinar lo que había pasado entre él y las dos hermanas.

Courtin se guardó muy bien de mostrarse hostil á Berta, procurando por el contrario obrar de manera que ésta le creyese de su parte en el proyecto por el cual debía unirse con el joven barón. Cuando hablaba con ella en ausencia de Michel, hacíalo siempre tratándola como á su futura ama. Fué tal la habilidad del colono, que ignorando la doncella sus antecedentes, no cesaba de ponderar á Michel la adhesión que le tenía, y designábale siempre llamándole: Nuestro buen Courtin.

Mas cuando éste se encontraba á solas con su amo, volvía á lisonjearle sus más recónditos sentimientos: hacía constante alarde de compadecerle en su infortunio, y animado entonces el mozo por la conmiseración del colono, desahogaba el pecho relatándole los incidentes de sus amores con Mary. Courtin siempre le decía lo mismo: Os ama, insinuándole que debía violentar en algún tanto el corazón de Mary, seguro de que esta no podía menos de agradecerle semejante violencia. Anticipándose luego á sus deseos, prometiale que tan pronto como le viera restablecido, se consagraría por completo á realizar su felicidad, y que él sabría arreglar las cosas de manera que sin faltar Michel á la gratitud que á Berta debía, ésta renunciase espontáneamente al proyectado enlace.

Desazonábale sin embargo al colono la larga convalecencia de su amo, viendo que pasaban los días sin poder adquirir la menor noticia del paradero de Petit-Pierre, y esperaba con impaciencia el momento de hacer seguir al barón las huellas de Mary.

Creemos que ya se habrá comprendido que Michel era el sabueso del cual contaba servirse para lograr su objeto.

Al verse Berta libre de los temores que al principio le inspiraba la herida del mancebo, había ido varias veces acompañada de Rosina á la selva de Touyain, en donde la había hecho saber su padre estaba oculto. Dos ó tres veces había procurado Courtin al regreso entablar conversación sobre las personas por quienes las dos muchachas debían interesarse más vivamente; pero Berta había permanecido siempre muy reservada, y el alcalde conoció que era aquel un terreno muy resbaladizo, y que la menor imprudencia podía despertar mal dormidas sospechas provocando un conflicto; por consiguiente, aprovechó la mejoría de Michel, que adelantaba de un modo sensible, para incitarle de continuo á tomar una determinación, dándole á entender que si quería confiarle un recado para Mary, él se encargaba de obtener de ella una respuesta, y hasta un cambio favorable en sus ideas, haciéndola desistir de su harto generoso propósito.

En este estado siguieron las cosas por espacio de seis semanas, trascurridas las cuales Michel se encontró ya visiblemente mejorado, pues tenía cicatrizada la herida y casi había recobrado del todo las fuerzas. Privábale de salir durante el día la proximidad del destacamento que el general

había colocado en la Logerie; pero por la noche paseábase bajo los árboles del verjel, apoyado en el brazo de Berta.

Cuando llegaba la hora de retirarse, volvía Michel á su estancia, y Rosina y Berta, á quienes los centinelas estaban ya acostumbrados á ver entrar y salir de la casa á todas horas, volvían á casa de Tinguy, de donde salía Berta al día siguiente para volver al lado de Michel.

Estos paseos nocturnos contrariaban sobremanera á Courtin, pues cuando los diálogos de Berta y el barón tenían lugar en la casa, había más probabilidades de que pudiese coger alguna palabra equivalente á un indicio de los que tanto deseaba adquirir; y por lo tanto, hacía todo lo posible para impedir que se verificasen, acostumbrándose, entre otras cosas, para lograr su objeto, á leerles cada noche la lista de los condenados inserta en los periódicos que como alcalde tenía.

Un día les participó que era de todo punto preciso renunciar á los paseos nocturnos, y al preguntarle la causa comunicóles una sentencia en virtud de la cual se condenaba por contumaz á Michel de la Logerie á la pena de muerte.

Esta sentencia, que afectó muy poco al barón, dejó aterrada á Berta, quien tuvo tentaciones de echarse á los piés del joven pidiéndole perdón por haberle arrastrado á tales desatinos.

Como salió agitada del cortijo, toda la noche estuvo soñando cosas tanto más terribles, cuanto que las soñaba con los ojos abiertos: veía á Michel descubierto, preso y fusilado.

Así es que al día siguiente estuvo en el cortijo dos horas antes de lo acostumbrado.

No había novedad, ni se notaba ningún síntoma que acrecentara los temores ordinarios.

El día pasó como de costumbre: lleno de delicias y angustias para Berta, de melancolía y de aspiraciones exteriores para Michel.

Llegó la tarde, hermosa tarde de verano, y apoyada Berta en el alféizar de la ventana que daba al verjel, contemplaba cómo se ponía el sol por encima de los corpulentos árboles de la selva de Machecul, cuyas verdes copas ondulaban como un mar agitado.

Michel estaba sentado en su lecho aspirando las suaves emanaciones de la tarde, cuando de pronto oyeron el ruido de un coche que por la alameda venía.

El mancebo se abalanzó á la ventana.

Entonces vieron entrar un carruaje en el patio del cortijo. Acudió Courtin con el sombrero en la mano, y asomó una cabeza por la portezuela: era la baronesa Michel.

Estremeciése el joven al ver á su madre, no dudando de que venía á buscarle.

Consultóle Berta con los ojos, y Michel la señaló un oscuro hueco, especie de gabinete sin puerta, en el cual podía esconderse y oírlo todo sin ser vista.

Contaba Michel que la ignorada presencia de la joven le infundiría aliento. No se había equivocado: cinco minutos después oíase crujir la escalera bajo el peso de la baronesa.

Corrió Berta á esconderse, y Michel se sentó junto á la ventana cual si nada hubiese oído.

Entonces entró la baronesa.

Tal vez había venido resuelta á ser áspera y severa como de costumbre; mas al ver á Michel á la luz del crepúsculo, pálido como sus moribundos reflejos, olvidó sus propósitos, y no pudo hacer otra cosa que tenderle los brazos exclamando:

—¡Desgraciado! ¡Al fin te vuelvo á ver!

No esperaba Michel tal recepción, y echóse conmovido á sus brazos, exclamando:

—¡Madre, querida madre mía!

Es que también estaba ella muy demudada: su rostro llevaba impresas las huellas de un llanto continuo y de muchas noches de insomnio.

Sentóse, ó por mejor decir, cayó en un sillón besando la frente de Michel, á sus piés arrodillado.

Al cabo pudo decir:

—¿Cómo te encuentro aquí, tan cerca del castillo lleno de soldados?—Cuanto más cerca de ellos me encuentre, menos me buscarán.—¿Ignoras acaso lo que ha pasado en Nantes?

—¿Qué?—Los consejos de guerra están fallando sin interrupción.—Contra los presos, dijo riendo Michel.—Contra todos, respondió su madre, pues los que no lo están, pueden estarlo de un momento á otro.—Menos los refugiados en casa de un digno alcalde conocido por sus opiniones filipistas.—Sin embargo, no dejas de estar...

Contúvose la baronesa como si sus labios se negaran á proseguir.

—Acabad, madre, dijo el barón.—No dejas de estar con-

denado....—A muerte: lo sé.—¡Cómo, desgraciado! ¿lo sabes y estás tan tranquilo?... —Os repito que mientras esté en casa de Courtin, creo que nada debo temer.—¿Se porta pues muy bien contigo?—Es una segunda Providencia. Hame amparado herido y muerto de hambre, hame traído á su casa, y hasta ahora me ha encubierto y alimentado.—Debo confesarte que no le miraba con muy buenos ojos.—Y no teniais razón, madre.—Corriente; hablemos de nuestros asuntos, querido hijo. Por bien escondido que aquí estés, no puedes quedarte.—¿Por qué?—Porque basta una imprudencia, una indiscreción para perderte.

Hizo Michel un gesto de duda.

—Tú no quieres que muera de espanto ¿no es cierto? dijo la madre.—Nó; os escucho.—Pues has de saber que mientras permanezcas en Francia no viviré.—¿Habéis pensado en las dificultades de abandonarla?—Sí, y las he vencido.—¿De qué manera?—Fletando un buque holandés que te está esperando en el río, en frente de Coueron. Embárcate en él y parte. ¡Ah! ¡quiera Dios que tengas fuerzas para resistir la travesía!

Michel no respondió.

—Irás á Inglaterra, ¿no es verdad? Saldrás de esta tierra maldita que ya regó la sangre de tu padre. Mira, hijo mío, mientras te vea en Francia no tendré un momento de sosiego. Siempre me parece ver la mano del verdugo extendida para arrancarte de mis brazos.

Michel continuó callado.

—Aquí tienes una carta para el capitán, y cincuenta mil francos en letras á tu orden sobre Inglaterra y América. Por lo demás escríbeme do quiera que estés, y te mandaré cuanto me pidas; ó por mejor decir, á donde vayas, hijo mío, iré á reunirme contigo. Pero ¿qué tienes? ¿por qué no respondes?

En efecto, Michel escuchaba esas palabras con una insensibilidad que casi rayaba en estupor. Partir de Francia era alejarse de Mary, y á la idea de esta separación se le oprimía el pecho de tal manera que prefería la sentencia de muerte. Desde que Courtin había alentado su pasión, desde que gracias á él había concebido nuevas esperanzas, Michel pasaba noche y día pensando en el modo de unirse con la encantadora joven, sin comunicarlo al colono.

No podía conformarse con la idea de renunciar otra vez á

sus proyectos é ilusiones, y en vez de responder á lo que su madre le decía, afirmábase más y más en su propósito de casarse con Mary.

Tal era la causa del silencio que con tanta razón inquietaba á la baronesa.

—Madre, díjola el mozo, si callo es porque temo no responder á vuestro gusto.—¿Qué quieres decir?—Oíd, madre mía, dijo Michel con una firmeza que dejó sorprendida á su madre, y de la cual en otra ocasión él mismo se hubiera creído incapaz.—¿No te niegas á partir?—Nó; mas con ciertas condiciones.—¡Condiciones para salvar tu existencial! ¡Condiciones para calmar las angustias de tu madre!—Desde que no nos hemos visto, madre, he sufrido y aprendido mucho: ahora sé que hay ciertos momentos que deciden de la felicidad de toda la vida, y en uno de ellos me encuentro, madre mía.—¡Y vas á decidir de mi desdicha!—Nó; voy á hablaros como un hombre, y nada más. No os admiren mis palabras, madre: yo entré en la lid niño todavía, y salgo de ella hombre. No ignoro cuáles son mis deberes con vos: os debo respeto, cariño, gratitud, y estos deberes nunca los olvidaré. Mas cuando el mozo pasa á ser hombre ve horizontes desconocidos que van ensanchándose á medida que adelanta, y al aparecer estos horizontes, aparecen también nuevos deberes que suceden á los de la mocedad, y le ligan, no ya exclusivamente á la familia sino á la sociedad. Al llegar á este período de la existencia, si el hombre presenta aun la mejilla á su madre, tiende ya la mano á la otra mujer que debe ser á su vez la madre de sus hijos.—¡Ah! exclamó la baronesa retrocediendo á esas palabras por un impulso superior á su voluntad.—Ahora bien, dijo levantándose el joven, yo he tendido ya la mano, y otra la ha estrechado. Ambas están unidas indisolublemente, y si parto, no partiré solo.—¿Partirás con tu novia?—Con mi esposa.—¿Y esperas tener mi consentimiento para llevar á cabo ese enlace?—Dueña sois de otorgármelo ó nó; pero yo también lo soy de partir ó quedarme.—¡Infeliz! exclamó la baronesa; lese es el pago que das á veinte años de cuidados, de ternura, de cariño!—Este pago, madre mía, respondió Michel con una firmeza aumentada por la conciencia de que no se perdía ninguna de sus palabras para los oídos que ocultamente le escuchaban; este pago lo encontraréis en el respeto que os tengo, en

la cariñosa abnegación que espero probaros cuando llegue el momento oportuno. El verdadero amor maternal no exige una recompensa usuraria; no dice: seré tu madre por espacio de veinte años, y después seré tu tirano. Ni dice: te daré la vida, la fuerza, la juventud y la inteligencia, para que con estos dones me obedezcas ciegame. Nó, madre; el verdadero amor maternal dice: te sostuve cuando eras débil, te instruí en tu ignocencia, y te guié en tu ceguedad; ahora que ya ves, y sabes, y eres fuerte, emprende con libertad la carrera de la vida, obrando nó según tu capricho, sino según tu voluntad; elige un camino entre los mil que tienes abiertos delante, y do quier que te lleve, ama, estima y venera á la que cuando eras débil te fortaleció, cuando eras ignorante te enseñó, y cuando no veías te abrió los ojos. Hé ahí cómo comprendo la potestad que tiene una madre sobre su hijo; hé ahí cómo comprendo el respeto que el hijo debe tener á su madre.

Petrificada quedó la baronesa al oír estas razones: menos la hubiera sorprendido la ruina del universo que aquel lenguaje firme y resuelto.

Miróle con profunda sorpresa, mientras Michel, ufano y satisfecho de sí, la miraba tranquilo y con la sonrisa en los labios.

—¿Es decir, preguntó la señora de la Logerie, que nada te hará desistir de tu insensato propósito?—Nada podrá hacerme faltar á mi palabra, replicó Michel.—¡Ah! exclamó la baronesa tapándose los ojos, ¡madre infeliz!

Arrodillóse Michel á sus piés, diciendo:

—¡Dichosa y muy dichosa la madre que hace feliz á su hijo!—¿Qué tienen esas Lobas que así cautivan los corazones? exclamó la baronesa.—Como quiera que llaméis á mi amada, dijo Michel, os responderé: la mujer á quien amo posee todas las cualidades que un hombre debe desear en su esposa, y los que como nosotros han sido tan calumniados, no deben dar como vos tan fáciles oídos á las calumnias que manchan la reputación del prójimo.—Nó, nó, dijo la baronesa, nunca consentiré en ese enlace.—Entonces, madre, tomad las letras y la carta que me habeis dado para el capitán de *el Joven Carlos*, pues para nada me sirven.—¿Qué piensas hacer, desgraciado?—Una cosa muy sencilla. Como prefiero morir á vivir separado de la mujer á quien amo; como ya estoy bueno y me siento con sobradas fuer-

zas para empuñar el fusil, me juntaré con los últimos insurrectos que en la selva de Touvain capitanea el marqués de Souday, y lidiando con ellos pereceré. Dos veces me ha errado ya la muerte, añadió con amarga sonrisa; espero que á la tercera tendrá el ojo más certero y el pulso más seguro.

Y el joven dejó caer la carta y las letras en el regazo de su madre.

Había en el acento y en los ademanes del barón tal resolución y firmeza, que comprendiendo su madre la inutilidad de esforzarse en quebrantarlas, cedió mal de su grado y dijo:

—Sea, hágase tu voluntad, y así Dios olvide que has violentado la de tu madre.—Lo olvidará, y vos también cuando veáis á vuestra hija.

La baronesa movió la cabeza con aire de incredulidad.

—Vé, le dijo, vé y cástate lejos de mi presencia con una extraña á quien no conozco, ni jamás he visto.—Espero casarme con una mujer á quien vos sabréis conocer y apreciar, y ese gran día será para mí consagrado por vuestra bendición. Acabáis de decirme que vendréis á encontrarme do quiera que me halle, y prometo aguardaros, madre mía.

Levantóse la baronesa y se encaminó á la puerta.

—¿Os vais sin decirme adiós, sin abrazarme? ¡Ah! ¿no teméis, madre mía, que semejante despedida sea funesta para mí?—Ven, desgraciado, ven á mis brazos, á mi corazón.

Pronunció la baronesa estas palabras con aquel grito que tarde ó temprano exhala siempre el corazón de una madre.

—¿Cuándo partirás, hijo mío? le preguntó.—Eso depende de ella, contestó Michel.—Lo más pronto posible, ¿no es verdad?—Creo que será esta noche.—Abajo encontrarás un traje completo de aldeano: disfrazate lo mejor que puedas, y parte pronto, pues de aquí á Coueron sólo hay ocho leguas, y puedes llegar allá á las cinco de la mañana. No olvides el nombre del buque: *el Joven Carlos*.—Perded cuidado, madre mía: sabiendo que hallaré la felicidad al término de mi viaje, haré todo lo posible para efectuarlo cuanto antes.—Yo me vuelvo á París, donde emplearé todo mi valimiento para lograr que se revoque esa

fatal sentencia. Trata entretanto de conservar la vida; no la expongas imprudentemente, y piensa que velando por ella, velas también por la mía.

A fuer de fiel servidor estaba Courtin vigilando al pié de la escalera.

Al volverse Michel después de cerrar la puerta, vió á Berta que, sonriendo de júbilo y radiante de amor, estaba esperando el momento de encontrarse á solas con el manco para arrojarle á sus brazos.

Recibióla en ellos Michel; mas á buen seguro que si el aposento no hubiera estado en aquel instante á oscuras, Berta no habría dejado de notar el embarazo que en su rostro se retrataba.

—Ahora, amigo mío, dijo la joven, ya nada puede separarnos; nada nos falta, pues ya tenemos el consentimiento de mi padre y de tu madre.

Michel no respondió.

—Esta noche partimos, ¿no es cierto?

Siguió callado el barón como momentos antes lo había hecho con su madre.

—¿Calláis? dijo Berta; ¿por qué no respondéis, amigo mío?—Porque nuestra partida dista mucho de ser segura, dijo Michel.—¿Cómo! ¿no habéis prometido á vuestra madre que partiríais esta noche?—Yo la he dicho: eso depende de ella.—¿Y ella no soy yo, por ventura?—¿Cómo! Berta tan realista, tan leal y generosa ¿sería capaz de ausentarse de Francia sin acordarse de los que en ella deja?—¿Qué queréis decir?—Que pienso ejecutar un acto mucho más grande, mucho más útil que mi propia libertad, que mi propia salvación.

Miróle Berta sin llegar á comprender lo que estaba oyendo.

—Pienso en el modo de alcanzar la libertad y la salvación de *Madama*, añadió el joven.—¡Ah! exclamó Berta comenzando á comprender.—El buque que mi madre ha fletado para mí, dijo Michel, ¿no podría acaso llevarse de Francia á la princesa, á vuestro padre...

Y añadió luego bajando la voz:

—¿Y á vuestra hermana?—¡Ah! ¡Michel! exclamó la joven, perdonad que no haya atinado en eso: un momento há os amaba, y ahora os amo y admiro. Sí, tenéis razón, la Providencia ha inspirado á vuestra madre; olvido las du-

ras y crucles palabras que contra mí ha pronunciado, y sólo veo en ella un instrumento de que se ha valido el Altísimo para salvarnos á todos. ¡Oh! ¡cuán bueno, ó mejor, cuán grande sois, amigo mío, por haberlo pensado!

El joven balbució algunas palabras ininteligibles.

—¡Oh! bien sabía yo, continuó Berta entusiasmada, que crais el hombre más bravo y leal de la tierra; pero hoy, Michel, habéis superado mis esperanzas. ¡Pobre muchacho! herido y condenado á muerte, se olvida de sí mismo pensando sólo en salvar á los demás! ¡Oh amigo mío! si mi amor antes me llenaba de contento, ahora me colma de orgullo.

Si en aquel momento hubiese habido luz en la estancia, Berta habría visto ruborizado al mancebo.

A la verdad, no era tan desinteresado el sacrificio del barón como Berta creía: después de tener el consentimiento de su madre para casarse con la mujer á quien amaba, hábasele ocurrido una idea feliz para conseguir el logro de sus deseos, la cual consistía en hacer á Petit-Pierre el favor más importante que en aquellos momentos podía hacerle el más adicto de sus servidores, y aprovechar aquella ocasión para revelárselo todo, pidiéndole en pago la mano de Mary.

Fácilmente se comprenderán ahora el embarazo y el rubor de Michel.

Así es que, permaneciendo frío á pesar suyo á las demostraciones de la joven, limitóse á responder:

—No perdamos tiempo, Berta.—Tenéis razón, amigo, dijo ésta; mandad, estoy pronta á obedeceros, pues acabo de conocer la superioridad de vuestro corazón y talento.—En primer lugar, es preciso que nos separemos.—¿Por qué? preguntó Berta.—Vos iréis á la selva de Touvain, y después de participar á vuestro padre lo que ocurre, os dirigiréis á la bahía de Bourgneuf para embarcaros en *el Joven Carlos* en cuanto esté á la vista. Entre tanto yo iré á Nantes para avisar á la duquesa.—¡A Nantes! ¡vos! ¡olvidáis por ventura qué estáis sentenciado á muerte y os están buscando? Yo soy quien debe ir á Nantes; id vos á Touvain.—*El Joven Carlos* me espera, Berta, y no es probable que el capitán haga lo que otro le diga. Podría ser muy bien que viendo llegar una mujer en vez de un hombre temiese alguna asechanza, y nos viésemos en algún apuro.—Pensad

en los peligros á que os vais á exponer.—Considerándolo despacio, Berta, comprenderéis que quizás es el lugar más seguro para mí. ¿Quién irá á sospechar que condenado á muerte en Nantes me atreva á presentarme en aquella ciudad? Además, no ignoráis que hay momentos en los cuales la audacia es prudencia; y debéis saber que ahora nos encontramos en uno de estos momentos. Dejadme obrar.—He prometido obedeceros, Michel, y os obedeceré.

Y la altiva joven aguardó sumisa como un niño las órdenes del que gracias á su abnegación acababa de tomar á sus ojos colosales proporciones.

Sencillo era el plan que se habían propuesto, y todavía más la proyectada manera de ejecutarlo.

Berta debía indicar á Michel el asilo de la duquesa en Nantes, y las contraseñas necesarias para llegar hasta ella.

Luego debía ir á la selva de Touvain, disfrazada con el traje de Rosina, mientras que Michel se dirigía á Nantes con el vestido de aldeano que le había traído la baronesa.

A no ocurrir algún suceso imprevisto que lo estorbara, *el Joven Carlos* podía zarpár á las cinco de la siguiente mañana, llevándose con Petit-Pierre los últimos vestigios de la guerra civil.

A los diez minutos cabalgaba Michel en el jaco de Courtin, y Berta por su parte se dirigía á la cabaña de Tinguy, para ir en seguida por atajos poco frecuentados á la selva de Touvain.

XXVII

MARCHAS Y CONTRAMARCHAS.

A pesar de los resabios y no escasos esparavanes de que la edad y el trabajo habían dotado al caballo de Courtin, el pobre animal era todavía bastante fuerte para que á Mi-